

Luis Durand

Concepción

EL AGUILA NEGRA EN CAMPO DE ORO



AL frente de sus huestes hazañosas, prevenido para la desventura y llevando en el pecho la reciedumbre de una resolución que no reconocía tregua ni desmayo, avanzaba el conquistador por en medio de un país de fantasía y maravilla. Desde el fresco corazón del bosque le saludaba el viento con su profundo latido musical que de súbito se convertía, arrebatadamente, en estruendosa sinfonía, en que como instrumentos orquestales se oía el canto de las aguas bullidoras, la risa clara de los pájaros, la armonía polifónica de todos los rumores de la tierra virgen. De la tierra inhollada por donde sólo había pasado el tranco cauteloso de los pumas y la planta desnuda del aborígen cuando salía a correr la flecha, que provocaría la guerra después que los viejos ulmenes la habían decidido en tumultuosas arengas bajo la frescura sombrosa de los canelos.

El viento, soberbio señor del austro, saludaba a cada instante a este otro señor que había llegado del otro lado de los mares trayendo la cruz de Cristo y del estandarte invicto de los Reyes Católicos. Ahora del muy alto príncipe don Carlos V que dominaba en Alemania, en Flandes en los reinos de España y en las dilatadas posesiones de las Indias. Don Pedro de Valdivia, sin arredrarse ante la fiereza selvática de los hombres de bronce que con el pecho desnudo se enfrentaban con sus arcabuceros, va penetrando a través de portentosas selvas, de caudalosos ríos para afianzar el dominio de su raza y crear con la brava sangre de su estirpe una nacionalidad. Un país que se extendería entre la nivea muralla del Ande, que escalara un día Diego de Almagro, el viejo empecinado, y el Mar del Sur que contemplaron los ojos asombrados de Vasco Núñez de Balboa y surcara la quilla de las naves que impulsó la intrépida ansiedad de Hernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano.

Titánica epopeya realizada por personajes de leyenda, don Pedro no busca tesoros para su personal disfrute, sino gloria para su linaje. Pero no gloria conseguida en dádivas y mercedes, que suele sin mayores distingos otorgar la realeza. Don Pedro anhelaba conquistarla en la acción y en la osadía para crear un país en que el lenguaje y la sangre castellana habrían de persistir en el tiempo y en el desarrollo vivencial de un pueblo. Mientras caminaba junto a sus tercios aguerridos, don Pedro advertía que un aliento de bron-

cíneas resonancias le rodeaba allí en el bravo mapu, en donde ya, lejanamente, como sorda amenaza se oía entre la fronda el ronco son de los cultrunes, el plañir tembloroso de las trutruucas y el agudo gemir de las pifilcas, que en sus voces de viento y soledad iban dando la noticia de que extraña gente iba penetrando en aquella tierra, que según el verso resonante de Ercilla «nunca estuvo a extranjero dominio sometida».

Allí, en un día 5 de octubre de 1550, fundó don Pedro de Valdivia la ciudad de la Concepción de María. Muy cerca extendíase el océano Pacífico y el rumor de sus olas saludaron acaso alborozadas porque el día era riente y luminoso a la nueva fundación. Quien sabe si por la tarde de ese día el viento arreó, desde allá de los confines de la selva, un rebaño de nubes negras, pesadas como informes fantasmas aéreos, desde las cuales una lluvia tumultuosa cayó sobre la tierra para darle su primer baño bautismal a la flamante ciudad. El viento venía cargado de densos aromas vegetales: a ulmos que en el verano alimentarían más tarde los panales, cuyo bordoneo sería la canción de la siesta; a peumos de penetrante y virginal fragancia; a avellanas cuya rojez era como el rústico carmín en las mejillas de las indias núbiles que conocían el amor entre el misterioso rumor de los montes, imitando a las huiñas de ojos fosforescentes que columpiaban su gracia felina en los ganchos más altos de los robles.

Tremoló el estandarte de los reyes de Castilla en el viento de octubre, y el signo de la Cruz se alzó

para proteger a la nueva ciudad, a la cual dió el conquistador como patrono titular a San Pedro. Separó luego solares para ermita y huerto de la Virgen de Guadalupe, y para las iglesias y predios de la Merced y de San Antonio, de las cuales se hicieron cargo los frailes que iban en el séquito de Valdivia. Era la nueva ciudad otro puntal con que pretendía afianzar su dominio sobre esas tierras, que con imaginación de poeta describía apasionadamente en las bellas cartas que dirigía a Carlos V.

¿Quiénes son los que dan su primera contribución de sangre y de espíritu a la nueva población? Es un puñado de hombres que tienen la lumbre del ensueño heroico en las pupilas: Diego de Oro, Per Estébanes, Gonzalo López, Pedro Antonio de las Peñas, Antonio Beltrán y Diego Díaz. Cristóbal de la Cueva, Francisco de Rivera Ontiveros, Agustín de las Casas, Jerónimo de Vera, Gaspar de Vergara y Domingo Lozano.

Son éstos las autoridades de la nueva ciudad. Y a la vez habitantes de ella. Junto con las terribles acometidas de una naturaleza en su pleno dominio, tendrán estas gentes que experimentar en carne propia lo que es la feroz acometida del indio. Del dueño y señor de la tierra. Del hombre que desde allá, desde sus tolderías salía para atravesar las aguas hirvientes del grande Bau-Bau (Bío-Bío), del Andalién y de los anchos esteros de aguas veloces y desmelenadas, para ir con la lanza entre los dientes braceando en medio de

la bramadora correntada a pedirle cuenta a esos pálidos hombres barbudos, de cuáles eran los títulos que podían ostentar para instalarse sin su permiso en la tierra donde sólo ellos eran señores.

Duros, terribles desastres, sufrió la flamante ciudad de la Concepción de María. Un día el conquistador se encuentra frente a frente con la desventura. El glorioso capitán que peleara en las filas del Príncipe de Colonna y del Marqués de Pescara, y luego ayudara a Francisco Pizarro a conquistar un Imperio, traba descomunal batalla con un ejército de hombres desnudos, que en medio de ensordecedores alaridos afrontaban el plomo que vomitaban los arcabuces. Un muchacho indígena que llevaba ensartada en la crencha hirsuta la insignia del Toqui con que lo invistieran los viejos ulmenes, lanzaba uno tras otro los batallones de lanceros contra el enemigo.

Era el fin del glorioso capitán extremeño. Su aguerrida columna resistió la reiterada avalancha suicida que con salvaje denuedo defendía el mapu, que era hasta entonces tierra de libertad. Diez y veinte encuentros y luego otras sucesivas avalanchas abatieron por fin el coraje hispano. Moría en su ley el recio fundador, jinete en su caballo de guerra, impotente para dominar la ferocidad araucana. «Y el destrozo del todo fué acabado—que no escapó cristiano desta prueba—para poder llevar la triste nueva», canta Ercilla en marciales estrofas. Y cuenta además que cuando Caupolicán trata de intervenir en favor de Valdivia, uno

de los viejos capitanes del araucano regimiento, enfurecido ante tal disposición de ánimo, descarga un mazazo sobre la cabeza del conquistador, mandándolo al eterno sueño.

La bizarra gente que lucha en esta épica gesta, no pide ni da tregua. ¡El Toqui, el Toqui, el Toqui!—cantan los versos sonoros de Rubén Darío al exaltar la hazaña. El Toqui es Lautaro, el mozo de veinte años, que manda a capitanes de la raza, tan famosos como Ongolmo, Lincoyán, Rengo, Orompello, Leucotón, nombres que eran como pedazos de robles, o como parte de la selva grandiosa, que saludaba con sus profundas melodías multisonoras, los triunfos del nativo, en cuyas manos morirían los más gallardos soldados castellanos.

Y entonces a aquella ciudad de la «Concibición», el muy magnífico señor don Carlos V, le da por armas un escudo con un Aguila Negra en campo de oro «y un sol de oro encima de la cabeza de la dicha Aguila y a los pies una luna de plata, y a los lados cuatro estrellas de oro e dos ramas de azucenas de flores en campo azul, las cuales dichas armas damos a la dicha ciudad por sus armas e divisas señaladas, para que las pueda traer e poner e aiga e ponga en sus pendones, sellos y escudos, vanderas e estandartes, según e como e de la forma e manera que las ponen e traen las otras ciudades de nuestros Reynos...» Y en la real cédula fechada el 5 de abril de 1552, firmada por Carlos V y su secretario Juan de Sámano, se ordena-

ba al Serenísimo Príncipe don Felipe, a los Prelados, Duques, Condes, Marqueses y Ricos Hombres que acatasen y reconociesen las insignias reales de la nueva ciudad.

Concepción, nacida allí en medio de un país de vientos, selvas y aguas, había sido enclavada en el corazón del país del indio. Al desastre de Tucapel se suceden muchos otros. De nada sirve el coraje de la española gente, frente a la porfiada insistencia de los escuadrones araucanos. Lautaro entra a la ciudad, la quema y devasta con odio de enemigo y alegría de vencedor. El Aguila Negra en campo de oro es pisoteada por las embravecidas huestes. Francisco de Villagrán y López de Zurita, y Francisco de Vaca, y muchos otros capitanes son derrotados por aquellos guerreros que no tuvieron parangón en América. Y en el breve plazo de ocho años la ciudad es destruída dos veces por los araucanos que se holgan en la desdicha de la atribulada población. No sirve de nada el bizarro gesto de una mujer llamada Mencia de Nidos que increpa a los soldados y les requiere a defender la ciudad hasta rendir la vida. Nada se puede hacer porque de todos lados asoma el indio y su lanza y desde la ceja de los robles centenarios lanzan su chivateo, su grito de guerra, que es el potente denuedo de morir antes que ser esclavos.

Antes que una ciudad Concepción es un bastión en donde se estrella la indomeñable insurgencia del aborigen. Pasan por allí grandes capitanes como don Gar-

cía Hurtado de Mendoza, que logra poner paz durante largos años en los alrededores de la ciudad. Pero no es sólo el indio el que ataca, sino también las ciegas fuerzas de los elementos desatados. Don Alonso de Ercilla, que vivió allí y se dió cuenta de lo que era la naturaleza y la gente de aquel país, hubiera puesto su nota trágica en el poema inmortal, al ver los efectos que produjo más tarde en ella un terremoto y después una salida de mar que llevaron el duelo y la desgracia a la ciudad del Aguila Negra en campo de oro.

Nada pudo abatir el temple de los habitantes de Concepción. Trasladada al sitio en que hoy se encuentra, hubo de vivir con el arma al brazo para combatir al indio y a las hordas de bandoleros que en los comienzos de la República asolaron sus campos comarcanos. Era una ciudad que había nacido dramáticamente, y en el sufrimiento había fortalecido su espíritu. El dolor endurece y sobre las duras cicatrices de una nueva desgracia, la ciudad sentía florecer una nueva esperanza. Las estrellas de oro de su escudo se embellecían en el campo azul de su cielo, cuando en los días del estío, los vientos bonancibles entonaban en su sistro de plata los cantos vegetales, los cantos del agua, los cantos minerales en que había de apoyar su fe para caminar al encuentro de su destino.

Durante la Colonia, fué Concepción asiento de la primera Real Audiencia y asimismo de un Obispado en que florecieron las virtudes de justos varones, como

el prelado Antonio de San Miguel, empapado de verdadero celo apostólico para hacer más humana la condición del indio que trabajaba en los campos y faenas mineras. Y más tarde había de ser el jesuíta Luis de Valdivia otro de los apóstoles que se expuso a toda suerte de malquerencias, por defender la suerte de aquellos heroicos salvajes, que no lo eran tanto si hemos de creerle a las crónicas sabrosas y amenas con que los recordó a lo largo de nutridas páginas el capitán don Francisco de Pineda y Bascuñán en «El Cautiverio Feliz».

De su dramática existencia la heroica ciudad sacó entereza para demostrar que allí se había formado una raza de gente enérgica que no se dejó dominar por la fatalidad. De cada prueba supo salir erguida. El Águila Negra extendía sus alas sobre el campo de oro de sus trigales rumorosos para cantarle al porvenir su anhelo de triunfo. Y cuando el grito de libertad resuena en la tierra que exaltara Ercilla, es Concepción la primera ciudad en donde la ansiedad y la inquietud de la lucha emancipadora que había de comenzar, encuentra su eco más rotundo y decidido. Allí está Martínez de Rozas, el hombre de culta y vigorosa mentalidad. Y allí está don Bernardo, el prócer máximo a quien los hados de su destino habían de ungir como la figura más alta en la gesta de la emancipación.

Gentes de Concepción integran los bravos batallones que habrán de luchar por la libertad en Rancagua, aciago crepúsculo de la insurgente jornada. Y pen-

quistas en gran cantidad están allí en Chacabuco, y en Maipú, y en la Expedición Libertadora, que con sus contribuciones de sangre y de denuedo culminará en Ayacucho. En dura batalla con el destino había nacido Concepción. Y en lucha aun más cruenta siguió después para conseguir la libertad de la patria. En el mar su gente obtiene resonantes triunfos, y es allí en la entraña de su tierra en donde el poder español trata de hacerse fuerte, hasta ser arrojados por esos penquistas que, reivindicando el sueño de los viejos caciques del mapu, sentían resurgir quemante la llama de la libertad.

El tiempo, en su inexorable rodar, teje y desteje su madeja de días y de años. Concepción, la ciudad mártir se rehace de todos los golpes del infortunio. Terremotos y ciclones la golpean. El viento bonancible se torna en huracán para asestarle rudos golpes, y el mar terso que contemplaran los ojos de Magallanes es despiadado ariete para embestir la costa, que otrora visitarían las naves corsarias de Hawkins y Van Noort. Pero el Aguila Negra en su vuelo abismal, seguía cerniéndose en el cielo azul celeste, cuando el viento entonaba sus canciones de lejanías y de nostalgia.

Del dolor, Concepción saca su fortaleza, su optimismo, su recia voluntad de vivir en plenitud. En ningún instante su gente siente el desvío hacia su tierra. Se aferran a ella apasionadamente. Como el alma enamorada que cuanto más padece más afinca su amor, los penquistas luchan por darle cada vez mayor vitalidad.

En su entraña el carbón duerme su sueño milenario. Nacen y prosperan las industrias del trigo, de la harina, de la pesquería, de los productos textiles, del acero, del azúcar, del vidrio y de la loza. Da su contribución efectiva para que en la brava frontera del indio haya paz y prosperidad. Y luego en sus colegios se educan todos esos niños del sur, clara y poderosa reserva humana de un porvenir robusto y lozano, que en la perspectiva del tiempo le dará a Concepción la ventura permanente por la cual luchó durante cuatro siglos.

Concepción logra hacer prosperar una actividad industrial, agrícola y minera que vitaliza su desarrollo material. Pero el espíritu surge entonces a reclamar su parte ideal para hacer más claro, más puro y luminoso su destino. Un grupo de hombres, con fe y decisión que no conoció desmayos, creó la Universidad que ahora proyecta su luz irradiante sobre todo el sur chileno y alcanza lustre y fama en todo el orbe civilizado. Retemplada en el infortunio, endurecida en la adversidad, Concepción llega a sus cuatro siglos, grande, poderosa, firme en su paso hacia la luz que ilumina una realidad feliz que no lograra abatir ningún desastre.

¡Cuatrocientos años! Sobre el dilatado y áureo oleaje de sus trigales, el Aguila Negra sigue batiendo sus alas poderosas en su vuelo hacia la altura. Hermoso símbolo de una hermosa realidad.